

causa el demonio en el alma que se le rinde. La enmudece para que no hable con Dios en la oración, ni con sus ministros en el tribunal de la penitencia. Para justificar su abandono, pretextará tal vez otras excusas; mas siempre será cierto que la causa principal de su mudez es el demonio, el cual, no sólo le impide que hable cuando no debe, sino que la induce á hablar cuando debiera guardar silencio. Pondera luego la ingratitud y perversa malicia de los fariseos, á quienes los milagros más estupendos, lejos de convertir, sumergían más en el abismo de la incredulidad y odio contra el Señor. ¡Ay del hombre endurecido! Lo que para otros es motivo de alabar á Dios, para él será ocasión de ultrajarle y ofenderle, como sucedió aquí á los fariseos. Las turbas se admiran de la curación del mudo, y confiesan á Jesús por el Mesías, y ellos se atreven á tratarle de hechicero, que tiene pacto con el demonio: «En Belcebub, príncipe de los demonios, arroja á éstos». ¡Oh Jesús! ¿Cómo sufren vuestros oídos blasfemia tan espantosa? ¿Que á Vos, amantísimo Padre de los hombres, con Satanás, enemigo jurado de ellos? Reflexiona cómo Jesús con admirable mansedumbre rechazó esta injuriosa calumnia de los fariseos, y con razones convincentes les probó que, lejos de tener pacto con el demonio, había venido á destruir su imperio en el mundo, venciendo al fuerte armado que le custodiaba, y arrebatándole lo que antes poseía. ¡Oh cuánto debemos á Jesús! Á Él debemos la libertad de hijos de Dios, la paz del corazón, el poder acaudalar méritos para la vida eterna; porque los que se hallan bajo el poder del demonio, son esclavos del amo más cruel; y si tienen alguna paz, es aparente, falsa y muy transitoria, y en lugar de acaudalar, están derramando sin ningún provecho sus fuerzas, salud, talento y vida. ¿Pertenece tú á tan infortunada gente? ¡Oh Salvador del mundo! Abrid los ojos de tantos ciegos que viven, al parecer, felices bajo el yugo pesado del demonio; dejadles que sientan todo el peso de tan vergonzosa esclavitud, y haced que suspiren por librarse de ella, resolviéndose á servir á Vos, que sois su Dios, su Redentor y Padre el más amante.

Punto 2.º Considera cómo mientras Jesús hablaba palabras de vida á la muchedumbre que le escuchaba embelesada, una sencilla mujer, arrebatada de admiración, levantó la voz en medio de la turba, y dijo: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron». Á lo que contestó el Señor: «Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan». Acerca de lo cual has de ponderar que, mientras los fariseos soberbios están contradiciendo al Salvador con grande obstinación, esta sencilla mujer recibe del cielo especial luz y fervor, que la mueve á alabarle y engrandecerle en la presencia de todos. Siempre será una verdad que el Señor se esconde á los sabios soberbios, y se manifiesta á los pequeñuelos é ignorantes, pero humil-

des; y si tú quieres recibir las ilustraciones del cielo, te es preciso ir por el camino de la humildad. Con razón llamó esta devota mujer á María bienaventurada, por haber dado á luz á Jesucristo. Esta soberana dignidad de la maternidad divina es el principio de todas las grandezas de esta celestial Señora, y la causa principal que debe moverte á honrarla, obsequiarla y venerarla; mas si ella es bienaventurada por tener por hijo á Jesús, también lo eres tú que le puedes llamar hermano, padre, amigo y esposo, con tal que estés unido á Él con los lazos de la caridad. Escucha al mismo Señor cómo confirma la sentencia de la inspirada mujer, diciendo: «Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen»; que fué decir: En verdad, fué bienaventurada mi Madre, por haberme llevado en su seno; pero mayor bienaventuranza tuvo por haber oído mi palabra con atención, y haberla guardado cuidadosamente. Por manera que, para ser bienaventurado, no basta oír la palabra divina; es también indispensable conservarla, fomentarla con la meditación y hacerla fructificar con abundancia. ¡Oh alma mía! Aquí tienes el camino trazado; si deseas la bienaventuranza en este mundo y en el otro. Oye la divina palabra con recogimiento y humildad; guárdala en tu corazón con exquisito cuidado, y haz que produzca aquellos frutos que desea el divino Sembrador. ¿Obras tú de esta manera?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo se descubre en este escogido pasaje del Evangelio el poder de Jesús, la rabia del demonio contra el hombre, y los efectos encontrados que la divina palabra produce en los soberbios obstinados, y en los sencillos y humildes! Á un simple mandato del Señor, el enemigo de nuestra salvación se ve precisado á abandonar á un hombre, sobre el cual ejercía un espantoso dominio. Este cruel adversario le había privado del uso de la lengua, y el infeliz, por sí solo, no era capaz de pedir remedio para su extrema necesidad. ¡Ay del hombre que se deja esclavizar del demonio! Presto sentirá los espantosos efectos de tan vergonzosa esclavitud: se verá privado de la palabra, porque ni sabrá hablar con Dios en la oración, ni con su ministro en el tribunal de la penitencia; del oído, porque ni oirá la voz de Dios que le habla, ni la voz de sus superiores; y quizá de la vista, porque no sabrá ver el horrible abismo en que se precipita. En este triste estado se hallaban los soberbios fariseos; por lo cual las palabras de Jesús sólo sirven para endurecerlos y obstinarlos en el mal. ¡Cuán distinto es el efecto que ellas producen en las turbas, y en la sencilla mujer que entre ellas le escucha! Aquéllas se admiran, ésta queda de tal modo arrebatada, que ya no sabe contenerse, y con entusiasmo inusitado alaba á Jesús y á la Madre dichosa que le llevó en su seno. ¡Oh, si nosotros fuésemos sencillos y humildes como estas gentes! ¡Cuánto más abundante sería el fruto que de la divina palabra reportaríamos! Hagamos propósitos para esto;

pidámoslo á Jesús con humildes súplicas, y roguémosle por todas nuestras obligaciones.

DOMINICA IV DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.º Subió Jesús á un monte con sus discípulos, y viendo que le seguía una muchedumbre inmensa y hambrienta, multiplicó milagrosamente los panes para sustentarla, por lo cual, agradecida, quiso hacerle rey.—(Joan., vi, 1-15.)

PRELUDIO 2.º Representate este milagroso acontecimiento como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º Pide confianza en el poder y misericordia de Jesús, y gratitud á sus favores.

Punto 1.º Pasando Jesús al otro lado del mar de Galilea, como le siguieran las turbas atraídas por la fama de los milagros, retiróse al monte con sus discípulos; en lo cual has de considerar las provechosas lecciones que da el Señor á estos, enseñándoles á esquivar los aplausos y alabanzas de las gentes, á huir de los peligros del mundo, y á cultivar sus almas en el retiro de la oración, suspendiendo por algún tiempo los ministerios apostólicos. Mas las turbas han comenzado ya á gustar de la dulzura que causa en el alma la compañía y conversación con Jesucristo, y no quieren separarse de Él, y le siguen al desierto, aunque el camino sea difícil y áspero, y aunque carezcan de alimentos. ¡Cuán poderoso y eficaz es el amor de Dios para estimular al hombre á que deje sus comodidades y se abraze con los trabajos y sacrificios! Convéncete que todavía no se ha apoderado de tu corazón esta divina llama, cuando te sientes tan flaco y débil para el sufrimiento; tan inconstante en la virtud y tan inclinado á buscar tus propios regalos. Mas con esta conducta, tan impropia de un discípulo de Jesucristo, estás privando á tu alma de favores muy señalados y excelentes. Si las turbas se hubiesen separado de Jesús, y no hubiesen perseverado en su seguimiento, no habrían presenciado el prodigioso milagro de la multiplicación de los panes, ni participado de aquel delicioso manjar. ¡Cuántas veces hubieras recibido señaladas gracias y extraordinarios beneficios del cielo, á no haber desistido tan presto de tus buenos propósitos y del ejercicio de la oración! Acuérdate que Dios quiere ser importunado, y si te duermes como las vírgenes fatuas, no entrarás en el convite de las divinas bodas. ¡Oh alma religiosa! Para tu atención en los ejemplos de Cristo, en el fervor de las turbas, y despierta en ti afectos de confusión y vergüenza. ¡Cuán lejos estás de seguir aquéllos y de imitar éste! Mas, ¿qué harás en adelante? ¿Qué propósitos te conviene hacer?

Punto 2.º Considera cómo, habiendo quedado satisfechas las turbas con el milagroso pan que Jesús con su omnipotencia había multiplicado, mandó el Señor á los discípulos que recogiesen los fragmentos que habían sobrado, y con ellos llenaron doce espuertas. ¡Oh grandeza del poder y de la generosi-

dad de Cristo! Con cinco panes y dos peces alimenta á millares de personas, y aún sobran doce espuertas llenas de los fragmentos, esto es, una cantidad de pan muy superior á la que había antes que nadie comiese bocado. ¡Cuán generosamente pagó Jesús el desprendimiento y buena voluntad de los Apóstoles, que no vacilaron en darle todo lo que tenían, privándose del pan necesario para su sustento, con el objeto de alimentar á las turbas hambrientas! ¿No confiaremos en su poder, y no seremos generosos y desprendidos para servirle? Pondera cómo las gentes, viendo el prodigio que acababa de obrar el Señor en favor suyo, exclamaban entusiasmadas: «Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo», y trataban de alzarle y proclamarle Rey. De este modo te enseñan estas gentes sencillas el agradecimiento que debes tener y mostrar por los beneficios que de Jesucristo recibes. No debes contentarte con solas palabras y con alabanzas que lleva el viento; preciso es que le hagas Rey de tu corazón, ó, mejor, que tú te declares y seas en verdad súbdito humilde, sumiso, obediente y rendido de tan bondadoso Señor, sin que jamás te atrevas á levantarte con los dones que te ha concedido, y usurpar una soberanía que no te pertenece. Pero este Rey soberano huyó al conocer los intentos de las turbas; mucho más has de huir tú y desechar los aplausos mundanos, no siendo de tu cosecha sino merecedor de todo desprecio. ¡Oh Jesús! Permitidme que con la mayor humildad me declare vuestro vasallo; súbdito y esclavo vuestro soy, porque me criasteis, porque me redimisteis, y porque mil veces me he entregado á vuestro servicio. Confirmad mi propósito, y haced que no me aparte jamás de tan justa y necesaria determinación.

Epílogo y coloquios. ¡Afortunadas turbas, que, atraídas por la dulce conversación y utilísimas enseñanzas de Jesús, abandonan cuanto tienen y le siguen por los desiertos y montes! Ellas experimentarán los efectos maravillosos de la misericordia, bondad y omnipotencia de este Señor. Quiere Él que sus discípulos se aparten del bullicio del mundo y se entreguen al suave reposo de la meditación retirada; y cuando alguno oye su divino llamamiento, al instante le habla al corazón, traba con él amorosa conversación, y tiene singular providencia de él, tanto á lo que atañe al cuerpo como á lo concerniente al espíritu. Las devotas turbas lo experimentaron; muertas de hambre, ó poco menos, se hallan en soledad apartada; se han olvidado del sustento material por atender al espiritual; mas Jesús, en medio del desierto, dispone abundante comida, y con ella los sustenta y satisface á todos. Pero ¡cuán generoso se muestra con los Apóstoles! Éstos le han dado los cinco panes y dos peces que para sí necesitaban, y en recompensa les da doce espuertas llenas de fragmentos de pan milagroso. En verdad que quien da al pobre, presta á Dios. ¿Cuándo lo entenderemos nosotros? ¿Por qué no somos más mi-

sericordiosos con los pobres? ¿Por qué no seguimos con más constancia á Jesús? ¿Por qué no somos más amantes del retiro? ¡Cuánto tenemos que reformarnos si deseamos conformar nuestra vida con la del Señor! No perdamos el ánimo; propongamos muy prácticamente lo que convenga; pidamos con fervor, y no olvidemos las necesidades de la Iglesia y del mundo.

DOMINICA DE PASIÓN.

PRELUDIO 1.º Entre los muchos documentos que dió Jesús á los judíos, dijoles que los que son de Dios oyen sus palabras, y que Abraham le vió en espíritu y se alegró; en cambio, los judíos le trataron de samaritano y endemoniado. — (Joan., viii, 46-59.)

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando á los judíos y como que tú le estás oyendo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de escuchar con docilidad sus palabras.

Punto 1.º En este punto has de considerar los admirables documentos que nos da Jesús en este Evangelio. ¿Quién de vosotros, dice á los judíos, podrá convencerme de un solo pecado? ¡Cuán pura y santa era la vida de Jesús, cuando así hablaba á sus más encarnizados enemigos, sin que éstos hallasen nada que oponerle! ¡Oh, si tú pudieses hablar de este modo! Mas no puedes hacerlo, porque te argüiría la conciencia, y tu ángel custodio, el demonio, tus compañeros, las ocupaciones, y aun las mismas piedras de tu casa, clamarían contra ti. Jesús no se desdenea de ser pobre, despreciado, perseguido y afrentado; lo único que abomina y detesta es la nota de pecador, que es real afrenta. Nosotros vamos tal vez por el camino opuesto: nos avergonzamos de la pobreza y desprecios, y no nos ruborizamos de ser pecadores. Pondera la razón contundente con que el Señor confunde á los judíos, y confundirá á los malos cristianos en el día del juicio. «Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» ¡A cuántos que se llaman discípulos de Cristo podría dirigir este divino Maestro la misma amarga queja! Confiesan la divinidad del Salvador; están persuadidos de la verdad de su doctrina; están dispuestos para defenderla públicamente, aunque sea á costa de sacrificios, y en la práctica obran como si creyesen lo contrario, y aun no tienen reparo en aplaudir las máximas del mundo que más se oponen á las enseñanzas del Salvador. ¿Eres tú de esta clase de cristianos? ¿Oyes con docilidad y aplauso las máximas y las palabras de este Señor? ¡Ay de ti, si eres de aquellos que no quisieran escucharle! En este caso, no serías de Dios, ni El te reconocería por suyo, y en tu muerte oirías, á tu pesar, aquella durísima palabra: «No te conozco; apártate de Mí, obrador de maldad». Fija bien en tu memoria esta temible sentencia: «Vosotros no oís las palabras divinas, porque no sois de Dios». ¡Oh Salvador mío! Vuestro quiero ser en vida y en muerte, y por esto deseo oír vuestra palabra. Hablad, Señor, que vuestro

siervo oye; manifestadme vuestra voluntad, que presto estoy para cumplirla. Perdonad mi dureza pasada, y ayudadme á vencerla por completo.

Punto 2.º Considera aquí la maliciosa desvergüenza de los judíos en insultar á Jesucristo, cuyas palabras eran una enérgica reprensión de su pertinacia endemoniada en no querer hacer caso de sus enseñanzas. La verdad es amarga á los corazones orgullosos. Corrige al necio, dice el Espíritu Santo, y te insultará. Este fué el proceder de los judíos en esta ocasión. No pudiendo contradecir á Jesús con razones, lo hicieron con insultos y blasfemias. Tienen el atrevimiento de llamarle samaritano y endemoniado, palabras que eran reputadas como una gravísima injuria entre los de aquella nación. ¡Oh amantísimo Jesús! Así os pagan los judíos la predilección con que los miráis y las distinciones que en su favor hacéis. Pondera cómo es muy cierto que la soberbia de los que aborrecen al Señor va siempre en aumento. Así se observa en los judíos, los cuales, viendo que el Señor rechazaba el dictado de endemoniado, como más injurioso á la divina Majestad, y hacía caso omiso del de samaritano, ellos insistieron en llamarle con aquel afrentoso nombre, pretendiendo agravar más la injuria y afrentar con mayor insulto al Señor. El cual ya no vuelve á desplegar los labios para defenderse, ni oponerse directamente á sus insultos dejando su honor y gloria en las manos de su Padre, á quien tocaba, sobre todo, el glorificarle. Finalmente, mira con horror á los judíos, cómo creciendo en furor y rabia contra Cristo, ya no se satisfacen con insultarle de palabra. Toman piedras para matarle, y Jesús, para evitar la muerte, cuyo tiempo no había llegado, se escondió y salió del templo. ¡Ay del hombre iracundo! Esta horrenda pasión, si no trata de dominarla oportunamente, le precipitará en abismos los más funestos. ¿Qué piensas tú, alma fiel, de todo esto? ¿No temes la soberbia? ¿No tratarás de dominar la ira?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán limpia y pura era la vida toda del Señor! Desafía con toda seguridad á los judíos á que le citeñ una sola falta en toda su vida, y á pesar de estarlo acechando de continuo, no hallan cosa alguna que reprender en Él. ¡Quién fuese tan inocente y libre de pecados, que así pudiese hablar á sus mismos enemigos! Mas, ¡oh malicia endemoniada de los judíos!; no pudiendo contestar á Jesús con razones, lo hacen con insultos, y no logrando acobardarlo con ellos, pasan á los hechos, y toman piedras para matarle. Así obran los enemigos de la virtud y de la religión. ¿De qué les aprovechará tan irracional é infame proceder? ¡Desgraciados! La medida de los crímenes se llenará, el tiempo de la misericordia tendrá su fin, se agotará la paciencia divina, y el Señor concluirá por abandonarlos como á aquéllos. Y ¡ay de ellos cuando el Señor los deje! Entretanto, sin pensarlo ni quererlo, habrán servido de

poderosa palanca y provechosa escalera para subir los justos á la más empinada gloria. ¡Adónde conduce la soberbia y la ira cuando no se les pone un freno! ¿Qué nos conviene á nosotros hacer? ¿Hemos imitado á los soberbios é insultadores judíos, ó tenemos la suerte de seguir el camino que sigue Jesús? ¿Nos vemos injuriados por causa de la virtud? Meditémoslo atentamente, y si es así, no desfallezcamos; propongamos imitar á Jesús nuestro modelo, y, para lograrlo, pidámosle eficaces auxilios, y roguémosle por todo el mundo.

DOMINICA DE RAMOS.

PRELUDIO 1.º Entró Jesús solemnemente en la ciudad de Jerusalén montado en un pollino, mientras que las turbas extendían por el suelo sus capas, y llevando palmas en las manos, entonaban alegres cánticos.—(Matth., xxi, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos este acontecimiento como si estuviéramos presentes.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber honrar á Jesús de un modo digno.

Punto 1.º Considera cómo, acercándose el tiempo de la Pasión, quiso Jesús hacer su entrada triunfal en Jerusalén, entre los vítores y aplausos de sus habitantes. Era Jesús el Cordero pascual que había de ser muy pronto inmolado, y dispuso entrar en ella con la pompa con que era aquél recibido por los israelitas; era el Rey que venía á tomar posesión de su reino, que debía comenzar en el madero de la cruz, y quiso que le hicieran un recibimiento regio. Pondera en particular las causas que le movieron á ordenar y aceptar tan extraordinario triunfo, siendo así que El había huido siempre de las alabanzas y honras mundanas. Quiso primeramente que se le reconociese por el verdadero Mesías, del cual habían escrito los Profetas que haría con tal solemnidad su entrada en la ciudad santa. Pretendió, además, hacer ostentación de su dignidad real, siguiendo las prácticas que los demás reyes cuando toman posesión de su reino, que son: entrada triunfal en la capital de su imperio, coronación y toma de posesión; del propio modo Él hace hoy su entrada, dentro de pocos días será coronado de espinas, y luego tomará posesión del reino, subiendo al trono de la cruz. Con esta exterior pompa nos mostró también la alegría interior con que iba á padecer, y el contento grande con que entra en el alma que le recibe por medio de la divina gracia, habiendo llorado y expiado sus culpas con la penitencia. Finalmente, este glorioso triunfo fué ocasión de que las siguientes ignominias fueran más afrentosas, de que se echase más de ver la inconstancia y mutabilidad de los hombres, porque los que hoy le alaban, dentro de poco pedirán su muerte. Todo lo cual ha de despertar en ti afectos santos de gratitud, amor, admiración y dolor de las culpas con las cuales arrojaste al Señor de la Jerusalén de tu alma. ¡Oh Rey de la

gloria! Muy debida os es la honra que os hacen las gentes sencillas en este día, y aunque hubiesen bajado todos los ángeles del cielo, era nada lo que hacían para lo que Vos merecéis; hacedme participante del gozo que les comunicasteis, para que en espíritu os acompañe con los afectos con que ellos os acompañaron.

Punto 2.º Considera en este punto las circunstancias de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalén, y los obsequios que le hicieron sus discípulos y las turbas entusiasmadas por su presencia. En primer lugar, quiso entrar, no montado en un carro triunfal, ni en soberbia mula, sino en un humilde jumentillo, adornado y dispuesto con las pobres capas de sus discípulos, los cuales se tuvieron por dichosos en poder servir á su divino Maestro con su pobreza. ¡Qué humildad, qué menosprecio de las grandezas y pompas mundanas, qué mansedumbre en Jesús! Mas, ¡qué desprendimiento, qué amor tan obsequioso y obediente en obsequio de Cristo hacen las turbas, movidas de divina inspiración. Unos se despojan de sus vestidos y los extienden por el suelo, á fin de alfombrar el pavimento por donde ha de pasar. Arroja tú también á los pies de Jesucristo todas tus cosas, y aun tu propio corazón; ofrécele con generosidad todas tus obras para que las mejore, perfeccione y acepte, ya que ellas han de ser el vestido nupcial con que te habrás de presentar ante su tribunal divino. Otros cortan ramas de los árboles, ya de palma, ya de olivo, ya de otros árboles frutales de que estaba lleno el monte Olivete. La palma es símbolo de la victoria, y el olivo lo es de la gracia, y con estos dos ramos en las manos podrás tú salir al encuentro de Jesús con grande alegría en la hora de la muerte. ¡Ay de ti, si entonces te faltase la palma por haber sucumbido á los ataques de tus enemigos, ó no tuvieses el ramo de olivo por carecer de la gracia divina y no estar en paz con el soberano Juez! Pondera, por fin, cómo todos los concurrentes á este glorioso triunfo de Cristo, los que precedían y los que seguían, cantaban alegremente: « Bendito el que viene en el nombre del Señor ». Preciso es que confiesen á Cristo todos los que se han de salvar: los que precedieron á su venida y los que hemos nacido después de ella; los que van delante de Él anunciándole, y los que van en pos de Él creyendo. ¡Oh Jesús, verdadera piedra angular sobre la cual es necesario que todos asienten el edificio de su salvación! Concededme que imite vuestras virtudes y siga vuestros ejemplos, de modo que, no sólo con las palabras os alabe y bendiga, sino que todas mis obras sean bendición y alabanza vuestra por todos los siglos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh hija de Sión, alégrate! Tu Rey, manso y humilde, viene á ti á tomar posesión de tu reino; el Cordero pascual entra por tus puertas, para ser presto inmolado. Jesús, el deseado de las gentes, el Rey de los siglos, inmortal é

invisible, cubierto de humildad y pobreza, hace su entrada en la capital de su reino. ¡Qué triunfo tan nuevo y sorprendente! En vez de carroza dorada, monta humildé jumentillo; en vez de ricos aderezos, las capas de sus discípulos; por las alfombras de seda, las capas y vestidos de la sencilla multitud. ¡Cómo muestra Jesús, aun en esta misma ocasión, el menosprecio con que mira las alabanzas humanas y el amor que profesa á la humildad, modestia, vida obscura, sacrificio! ¿Le imitamos nosotros en estos sentimientos? ¿Imitamos, cuando menos, á las fervorosas turbas? Para esto debiéramos poner bajo los pies de Cristo nuestros bienes, salirle al encuentro victoriosos de nuestros enemigos, y ricos de gracia divina, poner á su servicio nuestra lengua para alabarle, nuestras manos trabajando por su gloria, y nuestros pies soportando por su amor todas las fatigas. ¿Es este nuestro proceder? ¿Qué debemos reformar en nuestra conducta? Pensémoslo con detenimiento; formemos firmes y decididas resoluciones; y, para cumplirlas, pidamos la divina gracia y eficaz remedio para todos los males.

DOMINICA DE RESURRECCIÓN.

PRELUDIO 1.º Al amanecer del domingo fueron unas devotas mujeres al sepulcro para unguir el cuerpo del Señor; estaban inquietas, temiendo que no podrían quitar la piedra que cerraba su entrada; mas la hallaron levantada, y en el interior un ángel que les anunció la resurrección.—(Marc., xvi, 1-7.)

PRELUDIO 2.º Representate á estas devotas mujeres oyendo gozosas el fausto anuncio del ángel.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción y constante fervor de estas fieles discípulas de Jesús.

Punto 1.º Considera cómo, deseando María Magdalena y otras devotas mujeres unguir el cuerpo sacratísimo de Jesús, que creían todavía sepultado, el domingo, muy de mañana, compraron aromas y unguentos, y se dirigieron al sepulcro, adonde llegaron al amanecer. Pondera bien cuán generosa, activa y prudente fué la devoción de estas santas mujeres. Fué generosa, porque, sabiendo que el cuerpo de Jesús había sido unguido con grande profusión de especies aromáticas por José de Arimatea y Nicodemos, no quedaron satisfechas; antes quisieron gastar de lo suyo con abundancia, para honrar á su divino Maestro. Fué activa, pues que, no habiendo podido salir de Jerusalén el día del sábado, por causa de la fiesta, salieron el domingo á la primera hora, cuando todavía estaba obscuro, como dijo san Juan; y no les detuvo la necesidad de comprar las cosas indispensables para la unción, ni el pensamiento de que el sepulcro estaría cerrado, ni el temor de los guardas que habían puesto los fariseos; sino que se dieron tal priesa, que cuando llegaron al

monumento estaba amaneciendo. Fué, por fin, prudente, porque, á pesar de los vivísimos deseos que tenían de tributar tal obsequio al Señor, permanecieron todo el día del sábado recogidas en casa, en cumplimiento del precepto de la ley, que mandaba santificar este día. Aprende de estas fervientes discípulas de Jesús á ser generoso y espléndido en los obsequios que hagas á tu Dios, activo en su servicio, y prudente, haciendo cada cosa á su debido tiempo. ¿No te arguye la conciencia de haber olvidado estos importantes documentos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Vos con vuestra poderosa inspiración fuisteis el que guió en el camino á estas fieles israelitas, complacido de su piedad; concedednos tal fervor en vuestro servicio, que con presteza, buena voluntad y prudencia corramos á ungiros con el precioso óleo de la oración, meditación y demás ejercicios santos.

Punto 2.º Levantando las devotas mujeres sus ojos, vieron que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro estaba quitada, aunque era muy grande. Acerca de esto hemos de considerar cómo, aunque recordaron aquellas santas mujeres la dificultad de penetrar en el sepulcro, á causa de la piedra que le cerraba, ellas no desistieron de su buen propósito, confiando que Dios les depararía un medio para quitarla, y el Señor quiso premiar esta firme confianza, porque, antes que llegasen al monumento, alzaron los ojos y vieron la losa ya retirada. Aprende de estas ilustres mujeres á no retroceder del camino que has emprendido, movido de la divina inspiración, por grandes que sean los obstáculos. Cuando menos pienses, Dios, por sí ó por sus ángeles, quitará todos los estorbos, removerá todos los impedimentos, de modo que alcances lo que pretendes. Reflexiona cómo no pararon aquí los premios que el Señor concedió á estas fieles discípulas suyas por su constancia. Hermosísimos ángeles, vestidos de blanquísimos y resplandecientes ropajes, hallaron en el sepulcro, en vez del cuerpo difunto que buscaban; y estos espíritus bienaventurados en figura humana, no sólo las tranquilizaron y calmaron su temor, sino que les anunciaron que Jesús había resucitado, encargándoles que fueran á comunicar esta fausta noticia á Pedro y á los demás Apóstoles. ¡Oh! ¡Cuán bien recompensa el Señor la fidelidad y constancia de los suyos en buscarle! ¡Cuán poco hemos de temer los estorbos y obstáculos que pueden poner los hombres, cuando es Dios quien nos dirige! ¡Oh Padre omnipotente! Guiad nuestros pasos por el camino de la virtud; ponednos cerca de Vos, y poco nos importa que todo el mundo pelee contra nosotros; porque, auxiliados de vuestra fortaleza, fortificaremos nuestra debilidad, penetraremos los muros más inexpugnables, y la victoria será segura.

Epílogo y coloquios. ¡Qué ejemplo de devoción tan hermoso nos dan las piadosas discípulas de Jesús en este Evangelio! Para honrar á su divino Maestro, fueron espléndidas, no con-